

ORACIONES.

ARTICULO V.

Desde Sócrates, que pensaba que «debíamos pedir á los dioses inmortales que nos diesen solo cosas buenas, porque únicamente ellos saben lo que nos es útil, y nosotros solicitaríamos muchas veces cosas que nos seria funesto obtener,»¹ hasta Julio Simon, que reconoce que «la oracion, mejorando nuestra alma, ocupándola de Dios, elevándola hácia él, presentándonos bajo una viva y conmovedora imágen, los deberes que tenemos que llenar, nos hace amable el trabajo y fáciles la esperanza y la resignacion,»² se ha considerado que ella es una necesidad de la naturaleza humana y uno de los homenajes debidos á la Divinidad.

La oracion es el escudo, y el arma de los débiles y la fuerza y aliento de los fuertes. «Es al alma lo que el alma es al cuerpo. Y así como el cuerpo separado del alma cae bajo el imperio de la muerte y de la corrupcion, así tambien el alma viene á ser presa del vicio y de la muerte, tan luego como pierde el deseo de rogar á Dios, de servirle, de tributarle los honores que la criatura debe al Creador.»³

¹ Máximo Valerio, De Dietis aut factis sapientium. VII. 1.

² Jules Simon. La Religione naturelle.

³ S. Juan Crisóstomo. Hom. LXVIII.

El que ora medita de continuo en la Suprema belleza, y no es posible meditar en ella sin amarla, ni amarla sin doblar la cerviz á la ley del amor, sin practicar todos y cada uno de sus mandamientos. El que ora se desprende de la materia y se aproxima con la voluntad al Sumo bien y le contempla con el entendimiento; y no es posible estar tan cercano, sin participar de los beneficios que encierra, ni contemplarle sin hacerse cada día más perfecto. Por esto se ha dicho y con gran filosofía, que: «El privilegio de ser bueno, justo, caritativo, la gloria de poseer la libertad por el heroismo de la virtud, pertenece, corresponde de derecho á aquel que empapa y vuelve á empapar su espíritu en la oracion; y que el impío que nunca levanta sus manos suplicantes hácia el cielo, es el esclavo de los vicios más abominables.»¹

En un código moral, pues, si éste código está conforme con la razon eterna que se refleja en la naturaleza de las cosas, debe en seguida de la ley, cuya práctica nos hace buenos y nos perfecciona, figurar la oracion, que nos facilita la práctica de la ley, poniéndonos á todas horas frente á frente del fin á que por su medio caminamos, y de la perdurable felicidad con que nuestra sumision á ella nos será recompensada.

Seria imposible la práctica de la ley, si clavados siempre los ojos en la tierra y adherido nuestro corazon á los goces pasajeros, pero insinuantes y conmovedores con que nos brinda, nunca viéramos más allá ni pensáramos en otras satisfacciones más completas. La oracion nos hace ver más allá, es como el telescopio es-

¹ San Juan Crisóstomo. Hom. citada.

piritual, con cuyo auxilio descubrimos regiones lejanas y venturosas que se ocultan á la simple vista de los mortales.

Hé aquí la razon por qué el catecismo del padre Ripalda, que en esto, como en todo, sigue al Evangelio, al exponer su moral á los niños cuyas tiernas inteligencias, merced al arte con que compendia, no abrumba; pone despues de los mandamientos, las oraciones, es decir, las fórmulas breves y elocuentes, sencillas y sublimes, bajo las que la criatura debe hacer á su Creador la exposicion de sus necesidades y la demanda de los bienes á que aspira, y el remedio de los males que le afligen ó le amenazan.

Y se preguntará todavía con énfasis hurraño y desdeñoso, «¿qué importa á la sociedad el Padre Nuestro, la Salve y la peregrina explicacion de los pecados veniales?»¹ Y se concluirá con este epifonema sentencioso: «El mundo para marchar no ha esperado al padre Ripalda?»² ¡Pobre racionalismo, miope en su infancia, miope en su edad viril, y verdaderamente ciego en su decrepitud!

Importan á la sociedad, lo que importan al individuo; importan el fácil cumplimiento de la ley que hace hombres honrados y buenos ciudadanos; importan la perfeccion de cada uno, con la cual se hace más asequible la perfeccion de todos; importan el mejoramiento de las partes, sin el cual seria un delirio llegar al mejoramiento del conjunto. Importan, finalmente, para los dos, la virtud, la libertad y la justicia. Si esto parece poco, podemos agregar que importan todo lo que pudiera

¹ *Federalista*, número 67.

² *Idem*.

creerse útil y conveniente, necesario y hasta supérfluo, para que el uno y la otra pudieran cumplir con sus destinos.

Es cierto que el mundo para marchar no ha esperado al padre Ripalda; pero tuvo que esperar al Evangelio que le iluminó las sendas tenebrosas, en que, á semejanza de la mujer de Lot, estuvo mucho tiempo convertido en estatua; le abrió los ojos para que viera, y le desató las cadenas que ligaban sus piés para que caminara. Por esto precisamente el padre Ripalda no hace mas que copiar el Evangelio.

Pero seamos un poco mas condescendientes y descubramos al paso algo de lo mucho que importan al hombre y á la sociedad, las divinas palabras de *la oracion dominical*. Estas palabras: «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre,» importan al hombre, por lo que mira á Dios, la confesion abnegada de su dependencia absoluta; y por lo que mira á los demas hombres, la posesion de ese principio de fraternidad universal que la filosofia racionalista con tan sin ninguna vergüenza y tan poco decoro se atribuye. Importan á la sociedad en sus relaciones con el Legislador Supremo, el reconocimiento del altísimo poder á que está sometida, y en sus relaciones consigo misma, la razon de su sér, y el título de su legítima accion sobre los miembros que la componen. Importan además al hombre y á la sociedad juntamente, lo que la gratitud al beneficiado, es decir deseos de que sea enaltecido y glorificado el bienhechor siempre y en todo lugar y por todas las criaturas. Importan al hombre estas otras: «venga á nos el tu reino,» la salud y felicidad eternas á que aspira constantemente, y á la sociedad el bienestar y prospe-

ridad temporales que no puede darse á sí propia y de que tanto necesita, para que sus elementos no se corrompan, sino que se mejoren y desenvuelvan. Las palabras «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo,» importan al uno y á la otra la conservacion del órden general á que está vinculado el bien particular de todos y cada uno de los seres, y el reinado de la justicia, que es el verdadero pan de vida de los individuos y de los pueblos; así como los que siguen importan el reconocimiento de su poca valía, una vez que no se bastan á sí mismos ni para la satisfaccion de las necesidades físicas, pues para conservarse es fuerza que el prodigio de la creacion se esté renovando cada instante por medio del pan cotidiano ó *principal* que, cual otro maná, hace llover sobre la tierra la mano de la Providencia. «Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores:» cuánto no importan estas palabras al hombre! Él obra la justicia y la caridad, perdonando las ofensas que recibe; y pide que la justicia y la misericordia divina obren en él, absolviéndole de las suyas. Así establece una corriente que, despues de abrasar todos los corazones con el fuego que nuevo Prometeo arrebató de los cielos, vuelve á subir en llamas vivas á sus alturas. En cuanto á la sociedad, importan nada ménos que su grandeza ó su abatimiento, su elevacion ó su caída.

Si Francia hubiera perdonado, se le habria perdonado; y el tremendo azote no haria sangre aún en su cuerpo lacerado, desorganizado y casi descompuesto; habria sido ensalzada y no humillada, vencedora y no vencida; pero no perdonó ni perdona, no pidió ni pide perdon todavía, y ahí teneis á la primogénita de la civilizacion,

á la palanca del progreso, á la árbitra de la paz y de la guerra, á la señora de la victoria, entregada á todos los desmanes de la barbarie, con la deshonra en el corazon y la vergüenza en la frente, degradada y envilecida, hecha una furia que á sí misma se devora las entrañas, convertida en una bacante que rie con la barreta y con la tea, con el puñal y con la guillotina. ¡Pobre Francia!

Parece que importan algo á la sociedad las palabras sublimes y conceptuosas de esa oracion que no compuso el padre Ripalda, ni inventó siquiera la Iglesia, sino que fué dictada por los lábios de Jesucristo, que valia cuando ménos, un poco más, es decir infinitamente más que el Sr. Ramirez y que su discípulo el autor de los *Bosquejos*.

Pero vamos, señores filósofos, habeis desbarrado por dejaros arrastrar del prurito de calumniar á los moralistas católicos. ¡Por Dios! sed alguna vez lógicos y consecuentes. Vosotros sois partidarios concienzudos, se entiende, de la religion natural, como lo sois de la moral universal, como no podeis dejar de serlo del libre exámen y del racionalismo; admitis un culto, porque cuando ménos admitis una religion que suena y significa lo mismo. Como ni sois gentiles, ni indios, ni mahometanos, ni protestantes, ni católicos, el culto que admitis no puede ser ni el del paganismo, ni el del budhismo, ni el del mahometismo ni el del protestantismo, ni el del catolicismo. Vuestro culto es el único que admite la filosofía racionalista; ¿y sabeis cuál es éste? es nada ménos que el culto de la oracion. ¿Qué os queda si insistís en desconocerlo? “Un vacío inmenso cuyo pensamiento agobia el alma y la desespera.”¹ Por eso uno de vuestros hermanos, Julio

¹ P. Daniel. La Morale philosophique avant et après l'Évangile.

Simon ha escrito que: "La necesidad de la oracion es tan real, que ella arroja cierta especie de descrédito sobre toda filosofia cuyos principios destruyen la posibilidad del culto y de la oracion. Se siente instintivamente que una filosofia sin Dios, ó con *un Dios que no nos oye*, no tiene razon de ser. Ella nos rehúsa precisamente lo que le pedimos con preferencia á toda otra cosa." ¹ Pero nada extraño es que incurrais en tamaño absurdo; cuando ese mismo Julio Simon, cuyas palabras (las citadas) hacen honor á su razon y comprometen su buena fe, despues de poner por epígrafe al capítulo que trata de *la oracion* este pensamiento de Jesucristo: "Porque todo aquel que pide, recibe: y el que busca, halla: y al que llama se le abrirá," acaba por adoptar este otro de la *profesion de fe del Vicario sabyardo*. "Yo converso con Dios, penetro todas mis facultades de su divina esencia: bendigo sus dones; pero no oro: ¿qué le pediria yo." Esto es entender las cosas, como vosotros las entendeis: justificar la verdad sin perjuicio de desconocer su fuerza: ensalzarla para calumniarla en seguida. Con razon decia Voltaire que es el dios de los racionalistas, al mismo tiempo que su pesadilla que: "Desde Thales hasta los más quiméricos charlatanes y sus plagiarios, no hubo ningun filósofo que influyese ni siquiera en las costumbres (se entiende las buenas) de la calle en que vivia." Por lo demas no deja de ser peregrino el rasgo oratorio de Rousseau. Quiere entenderse con Dios, así como así, mano á mano y como si dijéramos de potencia á potencia. ¡Oh arrogancia del filosofismo! ¡Oh soberbia de la razon!

¹ *La Religion naturelle*, p. 365.

No, mil veces no: la oracion es una necesidad de la naturaleza, ya lo ha dicho Julio Simon; es, sobre todo, un deber, *avant tout un devoir*; ¹ y si no lo dijera, no por eso dejaria de serlo, pues el grito de «¡Sálvame, Dios mio!» que instintivamente alzan al cielo los lábios del que sufre ó mira que le amenaza un peligro inesperado; el de «¡Gracias, Señor!» que sin querer se exhala del fondo del corazon de aquel que acaba de recibir un beneficio, son argumentos mas poderosos que las objeciones fútiles tras que se escuda la filosofia, como si formaran ellas un baluarte capaz de permanecer en pié por mucho tiempo.

La inmutabilidad de Dios, se dice, hace de la oracion una fórmula, una voz sin eco, una palabra sin significado; porque Dios no ha de variar de voluntad solo porque se lo rueguen. ¿Y quién dice que variará de voluntad? Nosotros los católicos jamas hemos sostenido absurdo semejante. Lo que sostenemos y sostendremos es, que mediante la oracion se cumplirá su voluntad altísima en nosotros. «Oramos, dice San Gregorio, para merecer recibir lo que Dios ha resuelto darnos en los siglos eternos.» ² Es tambien ley de la naturaleza, ley inmutable, que la tierra fecunde el germen de las plantas, que el aire las alimente y el calor del sol las vivifique, ¿para qué cultivar entónces los campos? El hecho es que si no se cultivaran, á pesar de esa inmutabilidad de las leyes naturales, no se recogeria la cosecha y los graneros quedarian vacíos.

El cuerpo humano traspira para mantener el equilibrio de la sangre; el agua, convirtiéndose en vapores,

¹ *La Religion naturelle*, p. 386.

² *Diálog. I. 8.*

se purifica; la flor, exhalando sus aromas, impregna con su fragancia todo lo que le rodea; y la oracion es para el alma la traspiracion que le hace capaz de tener á raya las pasiones sin que logren sobreponerse á la razon: es el crisol que la separa de toda impureza y le quita toda mancha, es el incienso de virtud que la hace incorruptible, la eleva y la deifica. La oracion, finalmente, es la escala de piedras abrillantadas, por cuyos peldaños se remonta la criatura hasta el trono de su Criador. Atreveos á derrumbarla si podeis, y el mundo moral vendrá abajo. Por fortuna sois impotentes.

SACRAMENTOS.

ARTICULO VI.

Ya hemos indicado que la moral cristiana es todo un sistema de filosofia, cuya grandeza crece á los ojos del pensador imparcial y despreocupado mientras mas se examina. No es como los sistemas humanos que no pueden resistir, ya no digamos el análisis, pero ni una mirada un tanto cuanto fija. Tambien hemos llamado la atencion sobre su exacta conformidad con la naturaleza del hombre, á pesar de que es el freno de sus depravadas inclinaciones.

Cada paso que hemos dado en la discusion hácia estas verdades que intencionalmente no hemos querido suponer sino demostrar, nos confirma en su evidencia y nos las hace como familiares.

Si consideramos la moral cristiana como fundada en el dogma, y partiendo de él como de la primera operacion que hay que hacer para resolver el problema de la perfeccion individual y del orden general, palpamos la sabiduría de semejante pensamiento, y nos sorprende que, léjos de repugnar á la naturaleza inteligente y racional de la criatura, está en armonía con sus tendencias, y satisface una de sus mas imperiosas necesidades.

Si de la parte fundamental descendemos á la parte en que se formulan sus prescripciones, mas prodigiosa